

**DESDE
ITZEA**



HOMENAJE A BAROJA EN SAN S

Por JOSE MONLEON

HE nacido en San Sebastián, el 28 de diciembre de 1872, en la casa número 6 de la calle de Oquendo, casa que había construido mi abuela, doña Concepción Zornoza», explica don Pío en el primer capítulo de sus Memorias.

La casa está frente al Victoria Eugenia, el cine donde se celebra el Festival de San Sebastián. Pero en 1872 este cine no existía. Ni el hotel María Cristina. La casa de Baroja daba a un paseo —la Zorriola— que tenía, en la cara opuesta, al río metiéndose ya en el mar.

Hace poco, los guipuzcoanos han puesto una lápida en la casa donde nació Baroja. Ha sido un homenaje en toda regla, que empezó en la calle de Oquendo y terminó en Itzea, la casa que tenía Baroja en Vera de Bidasoa.

A las diez de la mañana, cuando se corrió la cortinilla que cubría la lápida, estaba lloviendo. A todos les dio por decir que era una mañana muy barojiana. No sé. Acaso lo bueno de la lluvia es que obligó a que el discurso fuera breve y le quitó al acto toda solemnidad. Toda elocuencia, como habría dicho Baroja.

Los paraguas y los impermeables se apretujaron debajo del balcón. La lápida, entre dos ramas verdes de maceta, dice: «Aquí nació Pío Baroja. 28-12-72». Allí ha quedado, como si la hubiéramos conquistado bajo la lluvia, en un golpe de mano.

Después, nos metimos en unos cuantos coches y salimos hacia Vera. Me decían que la placa no caería bien a unos cuantos. La verdad es que Baroja dijo «no» tantas veces y a tantas cosas que no se sabe nunca quién va a ser quien le pida cuentas.

Baroja, aunque él no quisiera reconocerlo, es el «otro» gran egotista del 98. Los otros dos son, naturalmente, Valle y Unamuno. Quizá, simplemente, porque las características de la época, falsamente optimista en lo político, rica y caótica en lo artístico, forzó la necesidad de esa pasión de independencia, casi agresiva, en correlación, sin embargo, con la generosidad del esperpento, la novela o el ensayo de estos tres grandes escritores.

Un homenaje a Valle o Unamuno es seguro que también despertaría un serie de viejos recelos. Sólo Azorín, amigo cariñoso de Baroja y persona por lo general amable —la guerra contra el Nobel de Echegaray fue su «campaña» literaria más violenta—, parece estar al margen de estos antagonismos.

La confesión individualista llegó a producirle a Baroja verdaderos problemas y contradicciones. No sólo prácticos, sino en el terreno de sus meditaciones. Raro fue el grupo español que no manifestara su simpatía por Baroja y que no fuera rechazado por éste. Les pasó a los fascistas, hasta que Baroja dijo que Mussolini lo había aprendido todo de Lenin. Les pasó a los anarquistas. A los comunistas. A los vascos nacionalistas...

Baroja, cuando reflexionaba sobre sus «nos», se veía apurado para dar con algo positivo que no fuese esquemático y malhumorado, como aceptado a regañadientes. Se cita siempre, en estos casos, a Montaigne. Pero el escepticismo barojiano tiene una raíz vital. Azorín ha descubierto a Montaigne en una biblioteca. Baroja se ha echado a andar...

Yo soy un hombre que ha salido de su casa por el camino, sin objeto, con la chaqueta al hombro, al amanecer, cuando los grillos lanzan al aire su cacareo estridente como un grito de guerra, y las alondras levantan su vuelo sobre los sembrados.

De día y de noche, con el sol de agosto y con el viento helado de diciembre, he seguido mi ruta, al andar, unas veces asustado ante peligros quiméricos; otras, sereno ante realidades peligrosas.

Para entretener mi soledad he ido cantando, silbando, tarareando canciones alegres y tristes, según el humor y el reflejo del ambiente de mi espíritu.

SIGUE

LA ULTIMA VUELTA DEL CAMINO

EBASTIAN Y VERA DE BIDASOA



El verde que cerca Vera de Bidasoa penetra ya en Itzea, la casa de Baroja situada en las afueras de la villa. La verja de la puerta, el camino de la huerta, el balconcillo de la alcoba, son los documentos más vivos de ese verdor que tanto gustaba al vasco Baroja. «El invierno, tener un sillón viejo, mirar un fuego que arde; el verano, contemplar algo verde desde la ventana, me basta y me sobra.» Decía en sus Memorias.

A veces, al pasar por delante de una casa del camino, cantando más alto, griaba, quizá con jactancia, queriendo ser escuchado.

Alguna ventana se abrirá —pensaba— y aparecerá un rostro simpático y jovial.

No se abría ninguna ventana, no salía nadie; yo insistía cándidamente, y, al insistir, iban brotando de aquí y de allá caras torvas, miradas hostiles, gente en guardia, que apretaba el garrote entre las manos huesudas.

—¿Qué les he ofendido —discurría yo—. Esa gente no quiere nada conmigo —y seguía mi marcha, al azar, con la chaqueta al hombro, sin objeto, cantando, tarareando y silbando...

Durante mucho tiempo esta soledad, el graznido de las lechuzas, el aullido de los lobos, me llenaban de angustia y de inquietud. Entonces intentaba acercarme a la ciudad; pero, al querer entrar en ella, me paraban en la puerta y me ponían como condición para pasar el dejar a la entrada unos sueños gratos, más gratos que la vida misma.

—No, no; prefiero volver al camino —murmuraba.

Y seguía marchando con la chaqueta al hombro, al azar, sin objeto, cantando, silbando y tarareando, estrechándome con los ruidos del campo, con el ruido del agua en el arroyo y el castor agorero de las cornejas...

Toda la obra de Baroja parece penetrada de un fuerte sentido autobiográfico. Escribió para entretener el tiempo, sin pensar que esto de escribir podía ser un compromiso político. Por eso, no entendió que, llegada la hora de la discordia sin apañes, le apretaran para que se definiere. El se definió barojiano, para seguir mirando a derecha e izquierda del camino y escribir cuanto le viniese en gana.

Al terminar el bachiller, Baroja hubiera preferido embarcarse a ser médico, cruzar el desierto o «aventurarse por ríos inexplorados». A los setenta años, estando en París, solicitó ir al frente como corresponsal de guerra.

Me habría gustado dar un rápido vistazo a todo aquello, para poder redactar algunas crónicas y probar también si tenía seguridad ante el fragor y estruendo de una batalla. Yo hubiera ido con gusto, pero no me aceptaron.

A Baroja le desesperó que le llamaran traidor a compromisos que él no creía haber suscrita. Realmente, todos los doctrinarios del mundo podían haber ido a la calle de Oquendo a echar unas piedras contra la lápida.

Yo creo que la obra de Baroja, sus novelas, prueba que hizo muy bien con «limitarse» a escribir sin ponerse trampas en los ojos.

Tierras del Bidasoa

Era el día de San Marcial, al final de la mañana. Irún parecía lleno de requetés o pelotaris. Pantalones y camisas blancos, impecables; boinas rojas. Pañuelos también rojos, anudados al cuello. La gente más modesta, la que no puede vestirse de blanco, se arregla con la boina y el pañuelo. Para un mediterráneo, que es lo que yo soy, Irún parece ese día una estampa de buen teatro folklórico. El verde asoma a cualquier calle que apunte hacia las afueras. Los colores son fuertes, precisos, bien limitados. El centro de la ciudad, completamente nuevo, recuerda el gran incendio de los navarros. José María Bellido, un escritor donostiarra que me acompaña y a quien debo las fotos de la casa de Baroja, me dice que todas aquellas gentes de blanco y de rojo deben venir de alguna romería. Quizá del convento de San Marcial, que domina la ciudad.

Nos pegamos al Bidasoa. No sé si será el recuerdo de tantas lecturas sobre las guerras carlistas; no sé si influirá el perfil literariamente belicoso de Baroja... Lo cierto es que, desde Irún a Vera, todo me parece un campo de operaciones. Veo el islote cubierto de árboles y matorros —con un monumento apenas entrevisto entre las ramas— que, en los libros de historia, es la solemne isla de los Faisanes, donde se firmó ese tratado por el que a todos nos han preguntado en algún examen. Me señalan el Punta, pico sangrientamente conquistado y reconquistado varias veces por vascos y navarros durante la última guerra civil. Pasamos por Behobia, que es otro lugar de sangre. El mismo puentecillo que ahora cruzamos fue defendido con grandes bajas por una brigada internacional de voluntarios. Dicen que los franceses, desde el otro lado del Bidasoa, seguían la batalla. Los combatientes se mataban procurando que no cayese en Francia ninguna bala perdida.

Casillas de carabineros al borde de la carretera. La frontera es una convención que da risa. Debe ser

alucinante tener tan cerca la tierra francesa y jugarse el tipo para pasar el contrabando. El paisaje es verde, rocoso, hermosísimo...

Ciertamente, nuestro rincón del Bidasoa no tiene brillante cultura, ni esplendorosa historia; no hay en él grandes montes, ni grandes valles, ni magníficas ciudades; pero no por eso dejan de cantar los ruiseñores en las enramadas las noches de verano y las alondras en los prados las mañanas de sol.

Para nosotros, los entusiastas de esta tierra, es el país del Bidasoa como una canción dulce, ligera, conocida, siempre vieja y siempre nueva.

La Voz del Bidasoa, por boca de Baroja, dice:

Soy un río pequeño, pero con gracia y con más fama que muchos ríos grandes. De mí han hablado Estrabón, Tolomeo y Plinio.

En mí hay un poco de la severidad de Navarra, algo de la blancura de Guipúzcoa y de la cortesía de Francia.

Paso por valles anchos y soleados, y por cañadas estrechas; reflejo las faldas verdes de los montes, los palacios y las chozas de mis orillas, y los pueblos pequeños, con casas viejas, con un escudo que coge media fachada.

Por delante de mí han cruzado los pueblos de Europa que han bajado a España, y luego a África, y los pueblos de África que han subido a Europa. Recuerdo a hombres con hachas de piedra y con hachas de bronce; recuerdo también a iberos y celtas, a fenicios y griegos, a romanos y godos, a suevos, a francos y a moros.

He conocido a Pompeyo y a los capitanes de Augusto; a Enrique IV de Castilla y a Luis XI de Francia; a Condé y al duque de Alba; a Luis XIV y a Mazarino; al bello don Beltrán de la Cueva, que usufructuaba el lecho real de Enrique IV de Castilla, y al no menos bello Bonnaves, rival en amores de Francisco I. He visto conferenciar a Napoleón con sus generales y a Wellington con los suyos; he seguido a Mina y a Zumalacárregui en sus correrías.

Hemos llegado a Vera. Al texto de don Pio le falta lo que vio el Bidasoa durante nuestra guerra civil, y luego, durante la guerra mundial, cuando cruzaban sus aguas, o morían en ellas, los que escapaban del ejército alemán. Baroja «oyó» al Bidasoa en 1922, cuando escribía «La leyenda de Jaun de Alzate». ¡Qué cosas no podría contar el río ahora! Bellido me habla de los agentes alemanes y aliados que andaban disfrazados de vascos para matar o ayudar en la frontera.

La casa de Vera

Cruzamos la calle principal de Vera de Bidasoa. Preguntamos por Itzea, la casa de Pio Baroja. Nos acompañan hasta allí. La casa está a la salida del pueblo, en la dirección de Francia. Es una casa enorme, defendida por una puerta de verja. Una muchacha nos mira desde la ventana de una casa vecina mientras sacamos las fotos. Luego sonrío y se esconde. Una vieja nos pregunta si la lápida la ponen en Vera o en San Sebastián.

La casa está rodeada de laderas verdes, con pastos y maizales. La carretera da una vuelta frente a la casa y apunta hacia las montañas que cierran el paisaje, más allá de la frontera. El silencio es magnífico.

Mientras escribo en la biblioteca de Itzea pienso en el tiempo que he pasado en esta casa que nos ha servido de asilo durante tiempos duros y en donde murió mi madre en una época de calma y de reposo.

Al avanzar el día, desde la ventana oigo el rumor del arroyo que se desliza a los pies de la casa y contemplo el pueblo, que se extiende formando una curva.

Ahi enfrente se levanta la iglesia con su torre de piedra cuadrada; las palomas blancas revolotean en derredor; el cielo queda azul, y la Peña de Aya traza en el horizonte la línea de su cresta pedregota como un muro de almenas. Todo el valle de Vera y sus montes próximos tie-

LA ULTIMA VUELTA DEL CAMINO

nen durante la época estival un verdor profundo; tras las lluvias comenzaron a secarse campos y praderas, y el cielo azul pálido tiene, al atardecer, alguna nube lánguida y blanca.

Luego, por la tarde, salgo a la carretera a pasear con mi sobrino Julio. No nos apartamos gran cosa de Itzea.

Hemos franqueado la verja. Los árboles dan una sombra fresca y agradable. A la derecha hay un caminito que bordea la esquina de la casa y se mete en una huerta. Una magnolia adorna y sombrea esa parte. «Aquí solía sentarse mi tío», nos dice Julio —hijo del editor Caro Reggio y de Carmen Baroja, la hermana de Pio—, que nos acompaña.

Entramos en la casa por la puerta principal. Arriba hay un escudo. Es el escudo de los señores de Alzate. Aseguran que este escudo fue una de las razones de que Baroja comprase el caserón en ruinas; algo de esto dice él en sus Memorias.

Alzate es el nombre de un pequeño feudo medieval, comprado por Vera cuando sus propietarios se fueron a vivir a otros lugares. En esta casa vivían los señores de Alzate —Jaun de Alzate, que **SIGUE** quiere decir «señor de Alzate»—, con

La casa de Itzea: «El tiempo era para mí delicioso, tibio, húmedo y de poco sol. En estas primeras horas del día, la niebla gris dominaba el valle e iba después deshaciéndose y desapareciendo hasta dejar el cielo claro con un azul suave, con nubes blancas sobre las alturas de los montes», evocaba desde Madrid.



los que la familia de Baroja está entroncada. Nos lo dice Julio Caro: «Mi abuela llevaba el apellido Alzate en cuarto lugar».

Cruzamos la puerta:

Se pasa una puerta baja, gótica, con el escudo de Alzate, dos lobos negros en campo de oro, y se sale a un zaguán embaldosado de piedra, con dos columnas, dos bancos y una porción de argollas para atar las caballerías.

Así imagina Baroja que era el zaguán en los tiempos del Señorío de Alzate. En realidad, así es ahora. A la izquierda sigue la escalera, con barandado de gruesos barrotes, y enfrente está la cuadra, sólo que ahora no hay en ella ni buyes ni otros animales.

El zaguán y la cuadra son frescos. Los muebles, escasos. En el zaguán hay varios escudos de armas de Pero López de Alzate, Martínez de Baroja y Juan Goñi del Palacio. Son apellidos del árbol genealógico de don Pío.

Debajo del escudo de Martínez de Baroja hay un banco de cinco asientos, con aire de coro de Iglesia. De la boca de un dragón cuelga la gran lámpara del zaguán. Todo huele a barco, a brea, sin duda porque ha sido utilizada para proteger las gruesas vigas de madera. La casa de don Pío parece un barco metido en el Pirineo.

Subimos por la escalera. Un ramo de hortensias, gladiolos y magnolias, del propio jardín de la casa, dan al aire un perfume de recuerdos. Del zaguán, ancho, decorativo, pasamos a las habitaciones de los Baroja. A las habitaciones donde vivió don Pío durante mucho tiempo: donde trabajó; donde se calentó al calor de la lumbre; donde entretuvo su soledad; donde guardó sus libros; donde murió su madre, la silenciosa ayuda del escritor, y también su hermano Ricardo, pintor, inventor, matemático, y —según el propio Pío— un tanto perdido a fuerza de querer abarcar demasiadas cosas... Esta es la «Casa de Vera», el castillo de la independencia de Baroja, la casa evocada desde Madrid, o desde París, cuando el autor se sentía perdido.

Esta es la casa del primer novelista español contemporáneo. Si no acabó viviendo y muriendo aquí definitivamente fue porque al morir su madre se le cayó la casa encima y porque don Pío era un anciano friolero que no podía luchar contra el invierno vasco en estos cuartos de techo alto y amplias proporciones.

Hacia 1912 yo estaba cansado de vivir constantemente en Madrid, y le decía a mi madre que debíamos de salir a pasar los veranos al campo o a las orillas del mar. Puesta esta cuestión sobre el tapete, la discutimos varias veces. El ir a una pensión o a un hotel barato a mí me parecía una cosa desagradable; alquilar un hotelito me parecía incómodo y caro; yo creía que lo mejor sería comprar un caserón derruido y arreglarlo durante ocho o diez años.

Por fin apareció un anuncio en "El Pueblo Vasco", de San Sebastián, en que hablaba de un

caserón de Vera, bueno para fábrica o para convento, que estaba al lado de un riachuelo y que lo vendían barato. Entonces yo me decidí a desplazarme y a marchar a Vera.

Vi el caserón, que verdaderamente era una ruina sucia, llena de rincones polvorientos, con cuartos con el suelo apollado y el techo roto, en donde mendigos y paragueros habían hecho pequeñas cocinas en los huecos de las ventanas. Manuel Asnar me dice que lo vio de chico, cuando estudiaba latín en los Escolapios de Vera, y que entre los chicos lo llamaban "la Casa de las Brujas". A pesar del aspecto ruinoso del caserón y de que no tenía huerta, me decidí a comprarlo.

Julio nos dice que la casa la compró su tío por quince mil pesetas, y que en 1914 ya estaba casi totalmente restaurada. Hoy Itzea tiene una hermosa huerta, constantemente ampliada. «Querían construir una serrería al borde de la carretera y he tenido que comprar varias parcelas para evitar que ahogaran la casa», explica Julio, asomado al balcón de la biblioteca. Ha hecho bien. En realidad es el municipio o el Estado quienes debieron hacerlo, porque Itzea es ya uno de los pocos y mejores museos histórico-literarios que tenemos en España.

El comedor: un sitio duro junto a la chimenea

He andado por la casa, de un lugar para otro. En el comedor me he sentado en la banqueta que ocupaba don Pío junto a la lumbre. Es una banqueta rinconera, pegada a la pared, de respaldo duro e incómodo. Los cojines están muy gastados y casi a la altura del hombro cae un cuadro religioso. Allí pasaba don Pío muchos ratos.

La mesa es larga y maciza. Una mesa solemne, muy propia de una casa pensada para «encontrar la tradición familiar de los Alzate». Los sillones tienen el asiento de cuero, sujeto por clavos de ancha cabeza. En las paredes, cuadros de Ricardo Baroja y cerámica con nombres vascos. El piso es de madera. Todo el cuarto conserva aún las huellas de su uso reciente. Un reloj de pesas marca la hora exacta.

La salita de música

Junto al comedor está la esalita verde». Es la salita de música, de aire decimonónico. Caracolas del Pacífico. Flores artificiales en unas urnas de cristal. Quinqué de cerámica. «Le maitre a danser: la poule», grabado con un oficial elegantísimo y una señora llena de flores. Palmatorias. Grabados de la guerra de la Independencia. En un ángulo, el violonchelo de Serafin Baroja, el padre del escritor.

A veces se daban reuniones que estaban bien; mi padre tocaba el violonchelo, mi hermana el piano, y había señoritas que cantaban.

Estas reuniones se hacían en Madrid. Luego, muerto ya el padre de Baroja, se llevaron el violonchelo y el piano a Itzea, donde seguía tocándolo Carmen.

Hay una mesita redonda, de doble fondo, para los viejos abanicos. Y muchos grabados, comprados sin duda por Baroja durante sus viajes a París. «Paz de la Isla de los Paisanes», con el croquis del lugar que ocuparon las dos delegaciones. Dorados relojes sin cuerda.

La habitación de Ricardo

El cuarto de Ricardo Baroja está lleno de sus cuadros. Oleos del «Qui des Orfèvres» junto a posadas vascas o a un ladronzuelo conducido por dos guardias civiles. Esta unión sentimental del Sena y del Bidasoa andaba paralela en la imaginación de Pío y de Ricardo. La escribanía de Ricardo. Y otro piano.

En mi casa, los tres hermanos éramos bastante diferentes, física y moralmente. Mi hermano Darío era alto y rubio, y aficionado ya a la literatura; mi hermano Ricardo, menos alto, y con gustos artísticos, y yo, más bajo, y un tanto selvático.

Darío murió muy joven, en Valencia, cuando la familia Baroja vivía junto al Museo de Pinturas, cerca del Turia, un río ancho, agrícola, de apariencia inmóvil, tan distinto del agreste Bidasoa.

La salita amarilla

Una gran sala de estar. Dos lagartos disecados, sobre una mesa. Viejas arcas, donde don Pío iba metiendo los papeles y de donde los sacó, después de años de reposo, para escribir sus Memorias. Un brasero. Un pájaro disecado. Un velero. Caracolas traídas de las Filipinas por unos parientes. Una escopeta. Y, entre dos muñequitos monstruosos, la sala amarilla.

Uno de los cuartos bonitos de la casa es un gabinete de papel amarillo, en el que hay algunos cuadros antiguos y un retrato de mi tía Juana Nessi, pintado por Gisbert, y varias miniaturas de otros Nessi italianos. Sobre la chimenea están dos chinos de porcelana, metidos en fanales, de los que hablo en la novela "Las inquietudes de Santhi Andía".

La alfombra, ya gastada, es roja con floreado claro. Hay restos de la «moda china» que, al parecer, trajeron los ingleses y que culminó con la construcción de la increíble residencia de Brighton, una espe-

En estos tres lugares pasaba Baroja la mayor parte de su tiempo cuando iba a Vera. La mesa de trabajo, pequeña, elemental, con un velero en lo alto; el rincón de la chi-



de palacio del Pekín bronsteciano, para los veranos, un tanto picantes, de la entonces Majestad Británica. En la salita amarilla de Alzate hay lacas y esos dos orientales que mueven la cabeza.

Vistas de Amalfi y Capri, en memoria de la rama italiana de la familia. Cuadros de Palmerola, de una italianidad decorativa, con marinos barbudos que parecen bandoleros de ópera. Una litografía de Aranjuez, con dos señoras mórvidas y equívocas...

La mesa de trabajo

Subimos al piso de arriba, que es el más importante. Aquí está el dormitorio y, sobre todo, la espaciosa biblioteca de Baroja. Los primeros años de Baroja estuvieron plegados al cambio de destino de su padre, ingeniero de minas. Hizo una vida errática, que luego seguiría por su cuenta, pero teniendo ya —en la casa de la calle Mendizábal de Madrid y en esta de Vera— un puerto para las salidas y las arribadas. Hasta entonces Baroja no pudo tener biblioteca.

El lugar de trabajo está en un rincón, cerca de una de las ventanas. La escribanía parece incómoda. Es simple, escueta, de color oscuro. Vista por atrás parece un gran cajón, con un velero encima de medio metro de largo. Julio Caro no ha tocado nada de aquí, y los papeles que hay sobre la escribanía son, probablemente, los mismos que dejó Baroja durante el verano del 55, el último que estuvo en Vera. Hay un ejemplar de la «Gaceta de la Revolución», del 28 de enero de 1931. «Arriba, arriba las manos, las ensangrentadas manos, general Berenguer...», comienza uno de los artículos. Un titular dice: «Funerales por el infortunado García Hernández.»

Junto al periódico hay una cajita de tarjetas de visita de la época en que los Baroja tenían casa en la calle Mendizábal.

Veo que lo de Madrid ha resultado un desastre para la familia. Llegar a tener una casa propia, con trabajos y dificultades, tiene su mérito; verla convertida después en solar es cosa triste. No se puede esperar la menor indemnización; es una auténtica desdicha. La reconstrucción ha de sernos absolutamente imposible. ¿Dónde va a encontrar uno el dinero necesario, que, además, por las circunstancias tendrá que ser mucho mayor que habría sido en cualquier otro momento? Comprendo, pues, que la familia, según me comunica, esté desolada. Treinta y siete años de trabajo, buenos o malos, de proyectos y de preocupaciones que se nos han venido al suelo.

El bombardeo de Mendizábal dejó a los Baroja sin casa y destruyó un montón de recuerdos, cuadros y papeles interesantes de don Pío.

Sigo mirando la mesa de Vera. Hay un folleto, «En nombre de la libertad», escrito por Raimundo. Está editado en Barcelona, en diciembre del 37, y su

tema es «El caso Baroja». Don Pío estaba entonces en París:

En 1936 yo había ido, como todos los años, a Vera de Bidasoa, y en julio fui preso por los carlistas, que me metieron en la cárcel de Santesteban. Estuve allí una noche encerrado y al día siguiente recobré la libertad gracias al general, entonces coronel, don Carlos Martínez Campos, duque de la Torre.

Don Pío se marchó a San Juan de Luz y, pasadas unas semanas, salió hacia París. Vivió, a disgusto, plantando cara a unos y a otros, en la Casa de España de la Ciudad Universitaria. Allí, no encontrando medios para vivir, «a pesar de las pocas aspiraciones y escasas necesidades», don Pío hubo de plantearse la vuelta a Vera. Esta paz le perseguía:

Recordaba que años atrás nos habíamos quedado, mi madre y yo, dos inviernos en Vera, y que no lo habíamos pasado mal. Ella con su vida silenciosa y atareada, yo también casi solitario y a vueltas con mis cuartillas.

Después de comer íbamos a la biblioteca, en donde había una estufa encendida y lucía una luz brillante y hermosa.

La habitación tenía un aire atractivo y confortador. La temperatura era templada; la luz, clara; el silencio del exterior, sólo interrumpido por el ruido del arroyo; todo daba la impresión de algo fantástico y cómodo. Mi madre hacía alguna labor, y yo escribía. Ella solía marcharse antes de que diesen las doce a su alcoba. Yo me quedaba un rato en la biblioteca, seguía escribiendo en el más absoluto silencio y cuando me cansaba de escribir me iba a la cama. Por entonces estaba leyendo a Renan, y ya acostado reanudaba esa lectura, noche tras noche. Cuando se me cargaban los ojos dejaba el libro sobre la mesilla, apagando la luz y tratando de conciliar el sueño.

Pero Vera se le cayó encima. Había muerto su madre y Baroja se encontró solo, en un ambiente que le pareció «muy triste y muy sombrío». Don Pío, que andaba muy cerca de los setenta años, se volvió a marchar.

Libros raros

Me he sentado en el rincón de los libros de brujería, muy cerca de una mesa que tiene una Tierra que parece un balón desleído. Son libros raros, pescados pacientemente en los puestos del Sena o en las librerías de viejo de Madrid. «Historia del cielo». «Historia de los bohemios». «Diccionario Infernal». «El Diablo». «Un gran proceso de brujería del XVII». «Diccionario de las ciencias ocultas». «Sortilegios». «Apariciones». «Quiromancia». «La llave de oro de la Astrología».

A Baroja, pese a su racionalismo, el tema le inte-

LA ULTIMA VUELTA DEL CAMINO

resaba. Andaba siempre por los umbrales de lo extraño. La lectura juvenil de los grandes folletistas franceses de la época le despertó esa curiosidad por lo extraordinario y lo macabro. Baroja habla y recuerda los crímenes de su tiempo. Alguna vez, siendo muy joven, incluso fue al campo de Guardias para ver los ajusticiamientos.

Dostoyewski y Dickens legitimarían literariamente esta pasión por lo violento.

De París le gustaba callejear por los barrios más oscuros y peligrosos; Saint-Severin, hoy una calle tranquila, a dos pasos de Notre Dame, era el eje de una maraña de recovecos y cassas turbias que recorría a menudo.

De Londres vio en seguida Witechapel y fantaseó sobre los borrachos de Dickens. Su favorito, entre los autores que aún vivían, era Conan Doyle, a quien no visitó porque su casa estaba fuera de Londres.

Asomarse a lo extraño y descubrir su secreto era una afición literaria y quizá médica de don Pío Baroja.

Los últimos viajes

En el 41, con Francia invadida, y después de intentar inútilmente ser corresponsal de guerra, Baroja volvió a Vera de Bidasoa.

Este verano de 1941 lo he pasado en Itzea, en mi casa de Vera, leyendo y escribiendo. Me levantaba antes de las seis de la mañana, al sonar el Angelus, y después de arreglarme un poco estaba para esa hora dedicado a mi tarea.

El tiempo era para mí delicioso, tibio, húmedo y de poco sol. En estas primeras horas del día, la niebla gris dominaba el valle e iba después deshaciéndose y desapareciendo hasta dejar el cielo claro con un azul suave con muchas nubes blancas sobre las alturas de los montes.

Pese a lo cual Baroja no volvió a vivir largas temporadas en Itzea, una casa con demasiados recuerdos. Se quedaba en San Sebastián, casi siempre invitado por algún amigo. Una donostiarra le **SIGUE** escribió:

menea, duro, incómodo, donde le gustaba sentarse después de comer viendo coser a su madre; la cama, rodeada de grabados franceses e ingleses y un plano de París.



Todo el mundo que le conoce habla mal de usted y de su literatura. Eso da que venga usted a San Sebastián, su pueblo, en primavera, cuando no hay gente, como un comisionista, a la mayoría le es antipático.

Don Pio estuvo en Vera, por última vez, durante el verano del 55. No mucho tiempo después moría en su casa madrileña de Ruiz de Alarcón, vecina a la Academia a la que, por cierto, pertenecía desde muchos años atrás.

Hemingway fue a ver a Baroja cuando estaba muy delicado y le hizo unos regalos. Luego fue al entierro —¿a qué hora fue?— y dijo que no quería quitarle a un escritor español el honor de llevar el cuerpo del gran novelista.

Hemingway le aseguró a don Pio que había aprendido muchas cosas de él. Baroja conocía las novelas de Hemingway y Dos Passos, en las que no dejaba de notar ciertas analogías, en la concepción y aun el estilo, con las suyas. El vasco estaba contento, porque con ello se quitaba la espina del anuncio que hubo de poner su editor norteamericano al lanzar su décimo título: «Pío Baroja, el novelista menos leído del mundo».

Un balcón cada 25 años

El balcón de la biblioteca cae sobre la huerta. Es un balcón largo, de tres huecos, con baranda formada por anchos barrotes de madera. En las tardes de buena temperatura se vela muchas veces a don Pio pasar y repasar el balcón de un lado a otro. Nos dice Julio que eran paseos para descansar de las horas de lectura. Don Pio andaba unos minutos por el balcón y volvía a su escribanía.

He querido asomarme al balcón, desde el que se disfruta el mejor paisaje de los que cercan la casa. «Cuidado. La madera está podrida de la humedad. Hay que cambiarla cada veinticinco años.» Julio Caro nos explica que van a cambiarla un día de estos, y que ese día él tendrá dos balcones de edad.

Baroja y Arniches

Hay muchos volúmenes. La biblioteca la inició Baroja con 3.000, pero ahora debe de haber bastantes más del doble. En el rincón donde está su mesa hay una serie de libros en vascuence. Allí están también esa media docena de libros que Baroja citó tantas veces: «La evolución de las especies», de Darwin, y obras de Kant, Hegel, Lombroso... Y al decir que los citó no quiero decir que siempre los citara con entusiasmo. Lombroso, por ejemplo, le parecía casi un camelo.

Hay numerosos libros históricos, que debieron de servir de base para la documentación de algunas novelas de don Pio. Sobre todo para la serie «Memorias de un hombre de acción».

En todo caso, parece seguro que el escritor fue aficionándose a estos trabajos históricos, que al final debía de leer sin que existiera ninguna vinculación inmediata con sus novelas. Esto y la ausencia de obras de teatro nos lleva a un diálogo de Baroja y Arniches:

Un día que iba a la Biblioteca Nacional, al pasar por delante de la iglesia de San José, de la calle de Alcalá, se me acercó Arniches y me dijo:

—¿Usted me conoce?

—Sí.

—¿Sabe usted quién soy?

—Sí.

—Pues tengo que hablar con usted.

—Hablemos.

—¿A dónde va usted?

—Voy a la Biblioteca Nacional.

—Le acompañaré un rato. Le voy a hacer una proposición.

—Buena. Veamos qué proposición.

—¿Quiere usted colaborar conmigo?

—¿En qué?

—En obras de teatro.

—Pero yo no tengo condiciones de autor dramático.

—Yo creo que sí. Yo creo que hay mucho aprovechable para el teatro en algunos libros suyos.

—Yo creo que no.

—Pues nada, piénselo usted bien, y si le gusta la idea me avisa.

Yo le dije a Arniches rápidamente mis objeciones, que no creía que podía añadir nada a lo suyo, pues sus sainetes estaban muy bien, que no veía qué podía aportar yo a la colaboración.



Baroja se llevó a Itzea el piano de su hermana Carmen y el violonchelo de su padre, un ingeniero de minas, liberal y aficionado a la música. Se encuentran en una salita isabelina empapelada de verde.

Después añadí que en algunas de sus obras lo que encontraba mediano era la música.

Esto me pareció que no le interesaba nada.

Al despedirme de Arniches y al ir a la Biblioteca Nacional pensé el pro y el contra de una proposición así: yo era viejo ya para desviarme de mi camino. Cerca de los sesenta años, ¿para qué iba a cambiar de vida y a pretender ganar dinero? No valía la pena.

No tenía afición al teatro, ni simpatía por el público ni por los cómicos, ni quería tener más dinero que el necesario para vivir. No creía que pudiera hacer nada que estuviera medianamente bien. Aun teniendo afición salen las cosas mal, no teniendo la tienen que salir peor.

Ya estaba metido en una corriente de historicismo que me interesaba y me divertía, y no quería meterme en un terreno que probablemente me ocasionaría disgustos y molestias.

Las canciones de Baroja

Esto de que Baroja le hablara a Arniches de la música de sus sainetes no tiene nada de extraño. Baroja era un escritor con preocupaciones por la música popular. Chueca le parecía el mejor músico de la época. Le cargaban Bretón, Vives y, sobre todo, Serrano. Pero, en realidad, a él le interesaba la música anónima, los tangos —los de aquí, antes del viaje de ida y vuelta, y azucaramiento, a Buenos Aires—, que hablaban de los sucesos de la época. Don Pio recordaba de memoria infinidad de ellos. Lo normal era que cuando no trabajaba y andaba por casa de un lado para otro, los tararease.

García Pavón nos contaba en Itzea, en un homenaje sencillo y caliente, convocado en el zaguán, frente a las cinco butacas clerigonas, que una vez que estuvo en la casa de la calle Ruiz de Alarcón se encontró con un concierto de chotis, a cargo del maestro Rincón. Baroja tarareaba todas las letras y se divertía con las más ingenuas y chuscas. Hubo un chotis, de doble sentido, dedicado a una tal Balbina y a sus tonas de aspicina, que fue repetido varias veces.

«Eso está muy bien» —le decía Baroja a Rincón, un compositor que hacía dúos a comienzos de siglo.

El dormitorio

El dormitorio de don Pio da a la fachada delantera. La cama, altísima, es metálica y está cubierta por una concha de puntilla que llega hasta el suelo. La cama es dorada y tiene un aire, no sabemos por-

qué, infantil. Junto a la cabecera hay una reproducción del retrato de Baroja, hecho por Picasso. El original desapareció en el bombardeo de la casa de la calle Mendizábal. Picasso, a quien Baroja consideraba una especie de superdotado con demasiada cuquería, colaboró con el vaso en una revista de juventud.

Cerca de la cama, ocupando casi totalmente uno de los muros de la alcoba, hay un gran plano de París. París fue una ciudad familiar para don Pio, y uno se imagina al escritor repitiendo con ayuda del plano sus paseos de Saint Severin o sus andanzas por las calles donde había vivido algún autor francés célebre.

Don Pio, por culpa de la arteriosclerosis, dormía muy mal durante los últimos años de su vida. Con frecuencia, después de un par de horas de descanso, se levantaba de esta cama e iba a echarse en otra, situada en un cuarto vecino. Este pequeño paseo le bastaba para calmar una especie de ansiedad o nerviosismo. Baroja, desde joven, se acostaba preocupado por los personajes de sus novelas. A la vejez, esta preocupación se cambió por una especie de terror incontrolado y de enfermo.

Intermedio polémico

En otra habitación, relativamente pequeña, ha colocado Julio Caro todas las ediciones, españolas y extranjeras, de las obras de su tío. La fecundidad y la serenidad de estos autores de otro tiempo causan siempre asombro. Hoy parece imposible escribir tanto y tan bien.

La obra de Baroja, desde 1900, en que editó «Vidas sombrías» —de la que vendió menos de cien ejemplares— es extensísima. Las traducciones son numerosas. Julio ha puesto en la misma estantería muchos de los estudios dedicados a su tío.

En el mismo cuarto, en una estantería contigua, están los libros de los «contemporáneos» de Baroja. Numerosos ejemplares están dedicados, y uno se pone a leer las dedicatorias y a situarlas dentro de la «guerra literaria» de primeros de siglo.

Baroja criticó duramente a la mayor parte de los escritores contemporáneos. A veces, con razón, y, a veces, sin ella. Por ejemplo, en el caso de Valle Inclán se equivocó —como tantos— rotundamente. Lo situó como modernista y no se enteró de la evolución que acabó en los magníficos esperpentos. Baroja no leía a Valle porque pensaba que sólo iba a encontrar esteticismo. Unamuno, Solana, Maestu, Galdós, Zuloaga, la Pardo Bazán, salen con bastantes tropiezos de las críticas de Baroja. A Unamuno lo odiaba desde el día en que éste le citó en un bar y le leyó casi íntegramente «Amor y pedagogía».

Con quien más fiereza empleó fue con Ramón Gómez de la Serna, que encarnaba la exquisitez modernista de principios de siglo. Hablando de un actor, Baroja decía:

Como cómico era, evidentemente, malo y tenía una gracia burda, mecánica, parecida a la de Gómez de la Serna. Esta clase de humor aparatoso y sin alegría era un reflejo de todos los absurdos que se inventaron en París al terminar la guerra del cañón, es decir, del dadaísmo, del futurismo, del surrealismo, etc., etc.

La tendencia tiene ahora su representación en esa revista que se llama «La Codorniz». A mi siempre me pareció Gómez de la Serna un hombre sin gracia, de una abundancia fofa, un «sin-sorgo» como dicen en Bilbao.

Gómez de la Serna replicó, aun sin hacer alusión a los ataques recibidos, en la semblanza de Pío Baroja, incluida en sus «Retratos contemporáneos».

Lo más grave que le pasa a Baroja es que no es artista. Por eso él se mete con los artistas como el abuelo con el arquitecto, hasta habérselo llegado a aparecer como un verdugo que tuviera la obsesión de lograr arte en su saña de cortar la cabeza de lo artístico.

No se puede presumir como presume Baroja, siendo un literato de acción, que publica insistentemente literatura, de su falta de vocación literaria.

Ya al final del retrato de Baroja, Gómez de la Serna ha de decir:

El caso es que es una gran figura que nos atrae y nos entusiasma y que con su gran cabeza dura en contraste con la vida que pasa, resulta un admirado rebelde que aunque no siente la responsabilidad de lo hecho y de sus oscuras agoreras,

ha sido el respondón indómito y lleno de gracia
breñosa que debe existir siempre en la literatura
española.

Se ve que a Gómez de la Serna le hubiera gustado admirar la obra de Baroja y que le fastidiaba el poco tono que daba don Pío a eso de escribir. Para Gómez de la Serna el arte era una cosa sagrada. Para Baroja, un modo de entretenerse.

Me parece bastante claro que al margen de las exageraciones y disparates de las polémicas literarias, Baroja era sincero cuando aseguraba que escribía para entretener su soledad, y que un escritor era un hombre como los demás. Sólo desde esta llaneza, desde esta simplicidad sin retórica —emozo de cuerda de la literatura le llama Gómez de la Serna; novelista «de escritura cuneiforme» le llama Unamuno y no con ánimo de elogio—, se entiende la calidad y autenticidad incomparables de su obra.

En la estantería del cuarto de Vera hay un libro de Gómez de la Serna que es como una tregua en sus disputas con don Pío: «A Pío Baroja, con la antigua admiración de Ramón».

Obras de Azorín, de Valera, de Ortega, de Valle, de Marañón, de Galdós, casi siempre con dedicatoria. Hay también algún libro de Ciro Bayo, escritor hoy olvidado, a quien dedicaría Baroja unas páginas sencillas, claras y magníficas.

Si hubiera estado aquí, en Madrid, cuando murió, hubiera ido al hospital a verle y al entierro, no por el reloj de oro, sino por despedir a este viejo amigo fantástico, a quien tenía afecto.

Yo no he visto hombre más arbitrario en sus ideas y en su trato que don Pío.

Después de muerto, se ha dicho que los amigos que tenía lo abandonaron, lo cual es completamente falso.

Mi cuñado Caro Reggío y yo le publicamos libros y le encargábamos traducciones, pero don Pío era hombre que no quería protecciones de ninguna clase y a veces le molestaban las cosas más inocentes. En esta época del asilo se pin-

taba las rozaduras de la chaqueta y de los pantalones con tinta. Si se le preguntaba si marchaba bien, si no quería hacer algún trabajo y que se le podía adelantar algo, casi se ofendía...

Un libro de don Pío, «Lazarillo español», ganó el premio Fastenrath en lucha con «El árbol de la ciencia», de Baroja. Los dos siguieron tan amigos, sintiéndose libres de la «malva intención» y la envidia de los inmundos literatos.

A Baroja le cargó la «espectacularidad» de la profesión de escritor y arremetió, a veces arbitrariamente, sin paciencia para leer las obras dejándose llevar por lo anecdótico, a sus compañeros más apatados. Una vez, y esto le parece el summum a Gómez de la Serna, al llenar la hoja del hotel, el empleado dijo: «Profesión, escritor...»; cortó don Pío, «no, ponga usted industrialista». Al fin y al cabo tenía o había tenido una panadería.

¿Cuáles fueron las últimas lecturas de don Pío? El escritor —como hace Azorín desde hace años; como Pérez de Ayala en su última época— relecta. Es seguro que volvería a Dickens, Dostoyewski y Tolstói, por los que sentía tanta admiración. Y también a Jules Renard, cuyo Diario, encuadernado en piel, en varios volúmenes, sigue a mano, como si aún pudiese entretener la soledad de Pío Baroja, el último Jaun de Alzate.

Hubiera querido ser paisajista

En la casa hay muchos cuadros, unos pintados por Ricardo Baroja, otros comprados en muchos lugares. Hay grabados curiosos que don Pío compró al pintoresco Cervigón, a quien veía a veces en el café de Flora de Saint Germain, mucho antes de que Sartre lo hiciera famoso en los medios literarios de todo el mundo. La relación entre la pintura y don Pío fue, durante años, muy intensa. Incluso cuando vio que el escribir le producía una serie de problemas, don

LA ULTIMA VUELTA DEL CAMINO

Pío pensó que había equivocado el camino. Le encantaban los paisajes. Admiraba a Sisley y a los impresionistas. Le fastidiaba Solana, en cuya negrura veía él un deliberado cultivo del tópico. Fue buen amigo de Regoyos. Y se negó a que le regalaran cuadros los pintores más famosos de su tiempo. Le parecía un abuso ecandómico.

Baroja iba algunas veces a Zumaya donde estaba la Casa de Zuloaga, hoy un museo abigarrado y heterogéneo —en la pequeña capilla hay una imagen monstruosa, del más increíble «negritismo» español— de gran valor, y también la que alquilaba todos los veranos Ortega y Gasset. Allí, cerca del mar, se reunía Baroja con Arteta, Zuloaga, Uranga, Iturrino y otros pintores vascos.

Yo no tendría, aunque fuera rico y poseyera un palacio, estos cuadros grandes de la pintura moderna.

Estas obras de pintura que dicen que son trascendentales, como "El entierro de Ornans", de Courbet, o "El testamento de Isabel la Católica", de Rosales, o "Doña Juana la Loca", de Pradilla, no las llevaría a mi palacio si lo tuviera.

Tendría cuadros relativamente pequeños: un Watteau, un Claudio de Lorena, un Boucher, un Bosco, un Bruegel, un Vermeer y luego obras de los impresionistas modernos.

A propósito de sus ganas de haber sido pintor, escribió algo que cuadra muy bien con su pasión de independencia:

Hubiera sido para mí algo magnífico practicar un arte, como el del paisaje, sin comentario político o social de ninguna clase, porque todo lo que es comentario de esta naturaleza ha contribuido a mi mal humor.

Con Zuloaga acabó siendo amigo. Pero don Pío no le perdonó nunca que, cuando andaba huido por San Juan de Luz, el pintor le volviese un día la espalda.

Contemplar algo verde desde la ventana...

Hay que dar fin a la evocación; tengo una serie de notas que no voy a utilizar. No hay otra solución.

Por otra parte, desde la casa de Itzea, Baroja es un hombre próximo, del que parece que hay que decir poco y bueno. Baroja es como un Alzate de aficiones literarias, que se carteaba con escritores importantes o los recibía en su casa de Vera.

Cerca de aquí está el cementerio, donde enterraron a los padres y al hermano de don Pío. Cuesta imaginar los últimos años del escritor allí en Madrid, sin este verde y esta calma.

Es curioso que un hombre como yo, que no ha llegado nunca a tener medios de fortuna, que ha vivido con muy poco dinero, haya podido llegar a tener una casa propia como ésta, ancha, grande, bien amueblada, y hasta lujosa y artística.

En la biblioteca hay una cabeza de Baroja. Es una cara de marinero viejo, que hubiese cruzado todos los mares antes de volver a la casa de Bidassoa.

Soy un hombre de pocas necesidades. El invierno, tener un sillón viejo, mirar un fuego que arde; el verano, contemplar algo verde desde la ventana, me basta y me sobra.

En la casa de Vera hay ese silencio y esa profundidad que todos hemos perdido en alguna parte.

J. M.

(Fotos de JOSE MARIA BELLIDO-AUMENTE Y BASABE)

